2.

SANTA TERESA DE JESUS.

POEMA

POR

Don Evaristo Silió y Gutierrez.



MADRID:
IMPRENTA DE LA COMPAÑIA DE IMPRESORES Y LIBREROS,
A CARGO DE D. A. AVRIAL.
1867.

VICARIA ECLESIASTICA
DE
MADRID Y SU PARTIDO.

En cumplimiento de lo que V. S. me previene en su atento oficio de 10 del corriente, he examinado con el mayor esmero y detencion el manuscrito en verso titulado SANTA TERESA DE JESUS, que el Sr. D. Evaristo Silió y Gutierrez, autor del mismo y de esta vecindad, tiene solicitado imprimir y publicar.

El libro ha parecido al que suscribe bellísimo, literariamente considerado; y en cuanto á su fondo, nada contiene que se oponga al dogma católico, sana moral y hechos que han trasmitido hasta nosotros los escritores diversos, muy respetables y autorizados, que se han ocupado de la vida de esta Santa. Por todo lo cual creo que no hay inconveniente en que V. S. le conceda la licencia que para su impresion y publicacion tiene solicitada.

Tal es mi parecer, salvo *meliori*. V. S. sin embargo resolverá lo que fuere de su superior agrado.

Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 11 de Enero de 1867.=Dr. Felipe Velazquez y Arroyo.=Ilmo. Señor Vicario Eclesiástico de Madrid y su partido.

Madrid 12 de Enero de 1867.=Es copia.=Juan Moreno.

NOS EL DR. D. JOSÉ DE LORENZO Y ARAGONÉS, *Presbítero, Vicario, Juez Eclesiástico ordinario de esta M. H. Villa y su partido, etc.*

Por la presente, y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el poema que con el título de Santa Teresa de Jesus, ha compuesto y desea publicar D. Evaristo Silió y Gutierrez, mediante que de nuestra órden ha sido examinàdo y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid once de Enero de mil ochocientos sesenta y siete.

DR. LORENZO.

Por su mandado,
LDO. JUAN MORENO GONZALEZ.



A TÍ.

Enamorado espíritu, vivífica lumbrera,
Que ante mi anhelo apartas las sombras del dolor,
Que á la region sublimas, dó la verdad impera,
Mis sueños terrenales de inmenso y puro amor!

—

Tu vivo rayo orienta mi mente oscurecida,
Tu aliento immortal hace mi corazon latir;
Tú la esperanza sola de mi terrena vida,
Tú el sol que alumbra eres mi oscuro porvenir.

—

Por tí, la luz buscando desde este valle umbrío
Los ojos á la altura, como Teresa, alcé,

Por tí su queja amante remeda el canto mio,
Por tí le sube al templo de lo inmortal mi fé!

Si en él la voz escuchas de mi profundo duelo
Y el galardon me guardas que invoco en mi ansiedad,
Si á descender te aprestas para calmar mi anhelo,
¡No tardes, alma mia, no tardes, por piedad!





INTRODUCCION.

Sufriendo los rigores de inevitable suerte
En cárcel que ceñida de eterna sombra está,
El mundo gira en torno del trono de la muerte,
Sobre las huecas tumbas de los que fueron ya.

Cuando en ferviente anhelo, levanta su querella,
Y un rayo le ilumina de la celeste luz,
Descubre entre las sombras la misteriosa huella
Que al pedestal conduce de la cristiana cruz.

Si pávido la evita, doliente ó loco avanza
De nuevo en angustiosas tinieblas á gemir;
Si férvido la emprende, descubre su esperanza
La inmensidad gloriosa que cela el porvenir.

—Tal es de los mortales el terrenal destino:
O entre tinieblas moran, ó siguen la virtud;
Mas ah! cuán pocos miran su resplandor divino!
¡Cuán ciega y triste yace la tibia multitud!

—Cautivos, arrojados por la Eternal sentencia
Al fondo de esta cárcel de horrible oscuridad,
¿Qué es ¡ay! en pena tanta la mísera existencia,
Si el alma no vislumbra la eterna libertad?

¿Qué voz mundana puede templar su amargo duelo
Cuando anhelante mira y el porvenir no vé?
¿Qué bienhechor espíritu mostrarla puede el cielo
Si lejos de ella vuela el ángel de la fé?

Ah! si tornais un punto al escuchar su nombre,
De su divina antorcha vuestra mirada en pos,

Oid el canto férvido que hoy brota, en bien del hombre,
Del arpa que en mis manos clemente ha puesto Dios!

Oid; voy á cantaros la peregrina historia
De una mujer, de un ángel que en esta vida fué:
Tal vez mi fé vislumbra un rayo de su gloria,
Tal vez vuestra alma alumbre un rayo de mi fé!





PRIMERA PARTE.

LA INOCENCIA Y LA FE.

I.

Al despuntar la perfumada aurora
De claro dia en la estacion mas bella,
Cuando las flores en los campos nacen,
Y en el cielo la luz, nació Teresa (1).
Venida al mundo para dar al hombre
Del verdadero amor sublime idea,

(1) Las notas al fin del volúmen.

Comenzó á ser cuando de amor suspira
Cuanto del mundo en la region alienta.
Profetizando su vital destino
Al contemplarla por la vez primera,
Abrió la vírgen tutelar del claustro
De un monasterio las sagradas puertas.
Siguiendo entonces, el suspiro amante
Que ya exhalaba de su seno tierna,
Tendió mil veces jubiloso el vuelo
Su ángel guardian á la ofrecida celda,
En pos dejando por el aire vago
Flotante, pura y luminosa estela.
Tal vez dijeron, de su cuna en torno,
Signos que hablaban á la fé sincera,
La alta virtud de que en sus tiernos años
Dió ya visibles y seguras muestras,
Cuando aun su lábio angelical podia
Cabal palabra pronunciar apenas,
Ya dulces preces sublimaba al cielo,
En el perfume de la uncion envueltas.
De los devotos monacales usos
Copia sus juegos infantiles eran,

Y sus pueriles fábricas, remedo
Del pobre albergue de cristiano asceta.
Asi en su dulce y amorosa infancia,
Con los reflejos de la fé mas bella,
Un dia quiso dirigir sus pasos
A donde solo el heroismo llega.



II.

Era el fin de una tarde; era la hora
En que, velado, el luminar del dia
Con rayos de mortal melancolía
Las altas cumbres de Occidente dora.
En su jardin, de un sáuce cobijada
Bajo el ramaje de rumor doliente,
Leia enajenada
Teresa un libro santo, acompañada
De un infantil y fervoroso oyente (2).
Era el libro una historia
Que, en pavoroso cuadro, á la memoria
La muerte de los mártires traia;
De aquellos héroes de la fé que un dia
Probó el tormento y coronó la glória;
Y presa de emocion el alma pura,
Clamó Teresa con acento blando,
Poniendo fin á la ejemplar lectura:
«¡Cuándo, Rodrigo, cuándo

Lograremos los dos igual ventura!»
—¿Ventura, hermana mia,
Replicó el niño con amargo duelo,
Juzgas ese tormento, esa agonía?
—Sí, que es ventura, padecer un dia,
Siguió Teresa, si se gana el cielo!
Ya lo has oido: para siempre alcanza
El mártir glória y celestial bonanza;
Y á sus verdugos el Señor condena
A sufrir, sin consuelo ni esperanza,
Para siempre tambien horrible pena.
—¡Para siempre el tormento!
Repitió el niño con medroso acento.—
Y mirando del mártir la victoria,
Clamó Teresa con febril contento:
¡Para siempre la glória!!—
Y cada cual, dentro del alma, en guerra
Con sus proprios enojos,
Ella alzó al cielo los serenos ojos,
Y triste, el niño los fijó en la tierra.
Asi mirando al eternal destino,
Rodrigo prosiguió con hondo anhelo:

—Y dí, Teresa, dí, ¿por qué camino
Vamos nosotros á ganar el cielo?
—Por el camino, respondió gozosa
La dulce niña, que seguir desea
Un alma fervorosa;
Dios abre al mártir la mansion gloriosa,
Nuestro camino el del martirio sea.
Partamos á otra tierra, á Morería,
Donde tiene la Cruz tanto enemigo,
Y mártires allí muriendo un dia...
Pero tiemblas?...—Ah! no, Teresa mia,
Sí tú te alejas, partiré contigo!
—Pues bien, mañana al despuntar la aurora
Para tierra africana
Emprenderemos el camino; ahora,
Guarda el secreto, fortaleza implora,
Y hasta mañana, pues.—Hasta mañana.—
Calló, alejados ya, la voz ferviente
De entrambos niños, á la par que hundia
Su último rayo el sol en Occidente:
Cuando no pudo iluminar su frente,
Bajó la suya el luminar deldia.

III.

Brillaba en Oriente apenas
El resplandor matutino,
Cuando de Avila salieron
Los dos fervorosos niños (3).
Iba tranquila Teresa,
Mas, pesaroso, Rodrigo,
La vista tornando á veces
Lanzaba amargos suspiros.
Advirtiólo al fin la niña,
Y en suave acento le dijo:
¿Por qué vas triste? ¿Por qué
Suspiras, hermano mio?
¿Temes la pena que tantos
Con alegría han sufrido?
¿Temes lo que temen solo
Las almas de los impíos?
—No, Teresa, no lo temo.
Respondió ferviente el tibio;

Ni la tortura me espanta,
Ni ante la muerte me aflijo;
Pero se tornan mis ojos
A nuestra vivienda, y miro
Que para siempre, á este punto,
De nuestros padres huimos;
Y por eso, hermana mia,
Solo por eso suspiro.
Y así angustiado diciendo,
Vertió una lágrima el niño,
Que se unió sobre las flores
A una gota de rocío.
—Medita, siguió Teresa,
Medita que es el camino
Que va derecho á la gloria
El que conduce el martirio;
Medita que nuestros ruegos,
Mañana en el cielo oidos,
Abrirán á nuestros padres
Las puertas del Paraiso;
Medita, en fin, que esta ausencia
De vivir nos hace dignos

En su eterna compañía,
Y en eterno regocijo.
—Sí, sí, dices bien, Teresa,
Clamó alegre el afligido,
¡En su eterna compañía,
Y en eterno regocijo!
Oh! apresuremos el paso,
Que ya no dudo ni gimo!—
Esto trataban los dos
Infantiles peregrinos,
Cuando súbito encontraron
Con un deudo muy su amigo,
Con un anciano que al verlos
Preguntólos sorprendido:
—¿A dónde tan de mañana,
A dónde vais, hijos mios?—
Bajó los ojos Teresa,
Ruborizóse Rodrigo,
Y ambos guardaron silencio
Sobre sus santos designios.
Interrogólos entonces
El anciano con mas vivo

Interés, y al fin Teresa
Respondió en acento tímido:
—« Vamos á tierra de moros
A morir por Jesucristo.»
¡Cómo, replicó el anciano
Maravillado al oirlo,
—¿Que vais á tierra de moros...
—A morir por Jesucristo,
Los dos niños repitieron
Entrambos á un tiempo mismo.
—Y ¿quién, continuó el anciano,
Os manda tal sacrificio?
—Nadie, respondió Teresa:
Vos lo sabeis, está escrito
Que el mártir gana la gloria,
Y ganarla hemos querido.
—Pues bien, ordenó el anciano,
Tornad al hogar conmigo;
Que siguiendo aquí la senda,
Que hasta ahora habeis seguido,
Llegareis un dia al cielo
Donde el justo tiene asilo,

Sin ir á tierra de moros
A morir por Jesucristo.—
Escucharon de su deudo
El mandamiento sumisos,
Y ambos al hogar tornaron
Tristes, por no haber podido
Partir á tierra de moros
A morir por Jesucristo.



IV.

Siguiendo siempre con fervor la huella
Emprendida en sus años infantiles,
Y paz y gozo conquistando en ella,
Llegó Teresa hasta los doce abriles
Cual un querube candorosa y bella.
Bajo las alas de la fé adormida,
Tal vez soñaba contemplar sereno
El horizonte de su dulce vida,
Cuando fué el hora en que sintió su seno
Del mal primero la primera herida.
—Era una noche; en ansiedad constante,
Teresa contemplaba
El lívido semblante
De una enferma mujer agonizante,
A cuyo lado con amor velaba.
Mirábala Teresa suspendida,
Cual si intentase, en su dolor profundo,
De la enferma abatida

Infundir en el rostro moribundo
Un rayo mas de animacion y vida.
Pero inútil intento:
El silencio turbando, que ya apenas
Interrumpia su cansado aliento,
La agonizante suspiró: «Presiento
Que hoy... hija mia... cesarán mis penas.
Ansiosa en torno giro...
La vista amortigüada,
Y menos... cerca miro
Esta cárcel terrena... en que aun respiro...
Que la region... de la eternal morada.
No sé qué extraño anhelo...
Dulcísimo y profundo
Me hace soñar... que en apacible... vuelo...
Voy poco á poco... abandonando el mundo...
Y poco á poco... vislumbrando el cielo.
Sí... sí... yo miro... miro...— En este instante
Por siempre enmudeció, y allá distante
Su último acento un eco repetia,
En tanto que Teresa, delirante,
La estrechaba clamando: «¡Madre mia!

¡Madre mia! ¿qué voz consoladora
Podrá mi pena mitigar ahora?
Mas súbito apagó su clamor blando,
La imágen dolorida contemplando
De la que es madre del mortal que llora.
Postróse, mitigada su amargura,
Ante la efigie virginal de hinojos
La niña sin ventura,
Y dijo, alzando los tranquilos ojos
Que tantas veces elevó á la altura:

Tú que nuestro duelo
Con amor consuelas,
Mira los pesares
Que lamento yo;
Tú que desde el cielo,
Por el triste velas,
No me desampares,
Madre mia, no!

Ya que es mi destino
Que las penas mias
Llore en mis azares
Solitaria yo,
Tú que en el camino
De la fé me guias,
No me desampares,
Madre mia, no!

¿Qué pecho afligido,
Qué humana agonía
Paz sobre las aras
De tu altar no halló?
¡No, no has desoido
La plegaria mia!
¡No me desamparas,
Madre mia, no (4)!

Dijo; mil veces con creciente anhelo,
Besó la efigie virginal, en calma
Sintió trocarse su profundo duelo,
Y en éxtasis de amor suspensa el alma,
Alzó gozosa la mirada al cielo!





SEGUNDA PARTE.

LAS PASIONES.

V.

Reina la noche lóbrega;
Lanzando á treguas rojos
Fulgores de sus ojos,
En el espacio ciérnese
Fatídico Satan (5);
  Retumba el eco lúgubre
De su siniestra boca,
Y asi su voz convoca
A la legion de espíritus
Que al mando suyo estan:

«En calma un punto á los mortales míser(
»Vivir dejad,
»Rasguen las alas que os presté la atmósfera;
»Venid, llegad!»

Dijo; y cual viva ráfaga,
Magnética su voz,
Alzó hasta sus pies súbita,
Aligera legion.

Tiende Satan la temblorosa diestra
De pálido marfil,
Y la heroina valerosa muestra
Que es fuerza combatir.

A la señal de su caudillo, mira
El lúgubre escuadron,
Y ve una vírgen, cuya fé le inspira
Colérico terror.

«¡Cómo!» irritado Belcebú rebrama
Al pávido tropel,
»No hay quien se atreva á sofocar la llama
Que alienta esa mujer?

Y al ver que aun débil su legion la mira
Y retrocede mas,
Sus alas hace rechinar de ira
Frenético Satan!

De sus pupilas irritadas lanza
Centellas de furor,
Y hácia su hueste temblorosa avanza
Que ceja en confusion.

Ruge y se agita, se apacigua y ruega,
E impávidas al fin,
La loca Vanidad y la Ira ciega
Se aprestan á la lid.

Retiembla el rey de la legion precita
Al verlas á sus pies,
Y señalando hácia la tierra, grita:
«Partid! volad! venced!»

Dijo, y escuchada apenas
La imperiosa ordenacion,
El aéreo conciliábulo
Súbito desapareció.

LA VANIDAD.

VI.

Melancólica la luna
Envia límpido al suelò
Su fulgor;
Es de esas veladas una
En que el hombre mira al cielo
Con amor.

Sin saber por qué se afana,
Teresa suspira y ora
Con pesar
De su albergue á la ventana,
Que una planta trepadora
Sube á orlar.

Posa en la diestra la frente
Con el lánguido desmayo
Del dolor,
E ilumina dulcemente
De la luna al tibio rayo
Su candor.

—

Funesta melancolía
La ha trocado en amargura
La quietud,
La dulce y santa alegría,
Que infunde en el alma pura
La virtud.

—

Y aunque en las horas serenas
De la noche solitaria
Suele orar,
Hoy su lábio puede apenas
Fervorosa una plegaria
Pronunciar.

Y como en vano procura
Levantar su tibio ruego,
Busca y ve
Un libro cuya lectura
Aviva en el alma el fuego
De la fé.

Mas al tender á él la mano,
Contempla maravillada
Dél en pos,
Un nuevo libro profano,
Y se siente cautivada
Por los dos.

Duda, vacila angustiosa,
Y de su virtud en tanto
Por triunfar,
La Vanidad engañosa
Hizo en su pecho este canto
Resonar:

« ¡Cuán ilusa, cuán ciega se afana
El alma que insana,
De las dichas combate á través!
¡Cuánto ¡ay triste! si triunfa en su anhelo,
Verá sin consuelo
La funesta victoria despues!

En la lucha fatal combatidas,
Sus nunca sentidas
Ilusiones huyéndola van;
Y ¡ay! un dia al buscar su tesoro
Inútil su lloro
Y sus quejas dolientes serán!

Oye, niña, la voz del destino
Que en nuevo camino
Te demanda que muestres tu ardor,
Donde ofrecen, en doble victoria,
Laureles la gloria
Y delicias sin fin el amor.

Viva llama ilumina tu mente
Porque orne tu frente
La corona del génio sin par,
Y tu faz, tu mirada fulgura
Radiante hermosura
Porque hechices de amor al mirar.

Canta un punto, y tu lira de oro
En férvido coro
Loarán los cantores despues;
Que en tus mágicas gracias se miren,
Y harás que suspiren
Cien galanes de amor á tus piés.

Cuantas dichas el alma imagina,
La suerte destina,
Si obedeces su voz, para ti:
Baja, pues, la mirada del cielo,
Y busque tu anhelo
Sus fantásticos goces aquí.—

Calló la voz que sentia
Dentro del alma Teresa,
Y á su vago encanto presa
De estraña y honda ansiedad,
Cruzar vió en su fantasía,
Tras quiméricas ficciones,
Las funestas ilusiones
De la humana vanidad.

—

Por su brillo fascinada
Siguió anhelante su vuelo,
Y á su vista alzando el velo
De un mundo deslumbrador,
Cautivaron su mirada,
Sobre tantas brilladoras,
Las visiones seductoras
De la gloria y del amor.

—

Abrió su pecho inocente
A su mágica dulzura,

Y suspendiendo la mente
En plácida vaguedad,
Ideó una dicha pura,
A la vez, y deleitosa,
Que no se encuentra en la odiosa
Y mezquina realidad.

Avida el libro profano
Leyó, buscando su anhelo
Entre sus héroes, en vano,
El ideal de su amor;
Mas pensó, siguiendo el vuelo
De su ardiente fantasía,
Que ella imaginar podia
Una leyenda mejor.

Huyendo, pues, desdeñosa
El libro vano y mezquino,
Su altiva mente amorosa
Comenzó el suyo á idear,

Y feliz siguió su empeño
Realizando hasta que vino
El espíritu del sueño
Sus sentidos á embargar.



VII.

Desde el instante en que al fatal encanto
Cedió Teresa de la voz liviana,
Juzgó este valle de aridez y llanto,
Campo fecundo de la dicha humana.
—¡Así deslumbra, al desplegar su manto
Esplendoroso, la ficcion mundana,
E infunde al débil corazon que hechiza,
Locos deseos que jamás realiza!—

Soñaba, pues, la angelical doncella,
En pos su mente de engañoso empeño,
Que cuanto bien imaginaba en ella,
Se le ofrecia el porvenir risueño.
Soñaba hallar sobre la humana huella
Humanizado el ideal de un sueño,
Que solo en su ardorosa fantasía,
Solo en su mente celestial cabia.

Asi, al trazar en la sublime historia
Que á imaginar llegó, de la belleza
Y del amor el tipo y de la gloria,
Darle logró tan divinal grandeza,
Tan elevada y singular victoria
Sobre la humana terrenal bajeza,
Que ella misma sensible á su hermosura,
Quedó prendada de su propia hechura.

—

—Y fué una noche que embebido estaba
En su ideal su pensamiento, cuando
Notó que ténue de un laud llegaba
A sus oidos el preludio blando.
Atenta escucha, y el que asi pulsaba
Cabe sus rejas el laud, mostrando
Su oculto anhelo, su pasion constante,
Hizo esta trova resonar amante: (6)

Tus cabellos y tus ojos
Brilladores, niña, son;

Tus cabellos como el ébano
Y tus ojos como el sol.
Ciego al mirar tu hermosura,
A tu reja llego yo
Buscando la luz perdida
En la llama de tu amor.

—

Amor, suspiró Teresa,
A quien la luz le robó
La material hermosura,
Ah! no es mi soñado amor.

—

Y el amante entre las sombras
Cantando asi prosiguió:
—Yo quiero, niña, que sea
Un palacio tu mansion,
Y que ciña tu alba frente
Corona de alto valor.
Quiero que mires sumisos
Cien esclavos á tu voz,

Y en pago de todo, niña,
Solo te pido tu amor.

—Ni la brilladora pompa
Cautiva mi corazon,
Ni en la esclavitud me gozo
De mis semejantes yo.
Amor que tal dicha ofrece
¡Ah! no es mi soñado amor.

Y el amante entre las sombras
Cantando asi prosiguió:
—Si amas la gloria, yo puedo
Mostrarte su noble don
En los láuros que mi espada
Vencedora conquistó.
Honores, gloria, riqueza
Y el alma á un tiempo te doy,
Y en pago de todo, niña,
Solo te pido tu amor.

—Eso que es gloria á tus ojos,
Es á los mios baldon:
Solo en los triunfos del alma
Halla gloria el vencedor.
La tuya, que á tan mentidas
Grandezas culto rindió,
¡Ay! está lejos, muy lejos
Del ideal de mi amor!—(7).

Cerró á este punto Teresa
Las puertas de su balcon,
Y el amante entre las sombras
Suspirando se alejó.



VIII.

Alma Teresa que tender sabia
Tan alto el vuelo de la dicha en pos,
Nunca la loca Vanidad podia
Encadenarla al mundanal amor.

—

Si un punto pudo deslumbrarla el manto
Con que se cubre la verdad tal vez,
Con pena, al fin, tras el mentido encanto
Llegó la triste realidad á ver.

—

Y opresa entonces en su cárcel dura
Sintiendo el alma y en doliente afan,
Ante el abismo recordó la altura
A donde un tiempo consiguió volar.

—

Y su ánsia loca, su delirio ciego,
Lejos al verse del gozado bien,
Lloró su amante corazon de fuego
Donde mas viva renació la fé.

Oyó, cual nunca, con amor profundo
De su conciencia la secreta voz,
Y para siempre abandonar el mundo
Por la devota soledad pensó.

Tentando aun la Vanidad impía
Aprisionarla para siempre en él,
A su memoria el porvenir traia,
Y envuelto en sombras el futuro bien.

Ante su afan la soledad pintaba
Horrible estinto el juvenil fervor,
Y el alma en ella reluchando esclava,
Lejos oyendo del placer la voz.

Nuevas visiones de falaz ventura
En torno hacia de su fe bullir,
Mas nunca pudo de su llama pura
Nublar el brillo celestial así.

—— .

Libre Teresa del fatal encanto,
Encaminando al porvenir siguió
Su amante anhelo del retiro santo
Y de la austera soledad en pos.



IX.

Y fué una tarde; brillaban
Melancólicos y trémulos
En las cumbres de Occidente
Del sol los rayos postreros.
Al clamor de la campana,
Que grave sonaba y lento,
Alzaba á solas Teresa
Su ardiente plegaria al cielo:
Ponia en él la mirada
En pos de su pensamiento,
Y asomaban á sus ojos
Dulces lágrimas de fuego.
Llegó á mirarla á este punto
Melancólico un mancebo (8),
Que, suspirando, la dijo
Con triste y sentido acento:
—¡Feliz el alma que puede
Orar y llorar á un tiempo!

—Si, feliz yo, hermano mio,
Clamó Teresa, que puedo
Lavar con llanto mis culpas.
Feliz yo, que lloro y ruego.
Mas ¿por qué tan triste vienes
Y en tan hondo abatimiento?
¿Te ha rendido la batalla?
—No, Teresa; lucho y venzo.
Rudo, horrible es el combate
Y flacos son mis esfuerzos;
Mas Dios me ayuda, y mi senda
Seguir victorioso espero.
No vengo, pues, á angustiarte,
Que, al fin, á ofrecerte vengo
Morar, como tú, mañana
La celda de un monasterio.
—¡Bendito mil veces sea
El que á los dos nos da aliento
Para lograr sobre el mundo
Victoria de tanto precio!
Brille, pues, hermano mio,
Brille en tu rostro el contento,

Que, en tal ocasion, no es justo
Mostrar ese amargo duelo.
—Dios me perdone, Teresa,
Si con mi angustia le ofendo;
Mas ¿cómo pensar gozoso
Que ya jamás verla debo?...
Tú sabes bien cuán constante,
Cuán profundo, cuán inmenso
Era el amor que abrigaba
Para ella solo mi pecho!
Tú sabes que á su perfidia
Matadora respondiendo,
La nombraba en mis plegarias,
Y la llamaba en mis sueños!
¡Mas tú no sabes que ahora
Flota aun en mi recuerdo,
Que olvido el engaño, y solo
Su angélica imágen veo!
¡Sí, Dios que sabe la lucha
Que al contemplarla sostengo,
Me perdonará, Teresa,
Estas lágrimas que vierto!

—Y bien, si aun, hermano mio,
Te liga al mundo ese afecto,
No podrás llevar á cabo
El propósito que has hecho.
—No hay, por mi dicha, Teresa,
Poder que tuerza mi intento,
Que yo sé bien dónde tienen
Todos los males remedio.
Fia, pues, en mi promesa
Que de cumplirla estoy cierto;
Y queda en paz mientras busco
Tambien yo la paz que anhelo!
—¡A Dios plegue, hermano mio,
Que se cumplan tus deseos
Y que el ángel de la dicha
Vele esta noche tu sueño! —
De esta manera á su plática
Fervorosa fin poniendo,
A la oracion se entregaron
Cada cual en su aposento.

———

X.

Triste lució la mañana
Velada en la niebla umbría,
Y el clamor de la campana
Resonando funeral,
Anunciaba al mundo el dia
Consagrado á los que han sido,
En que no mora el olvido
Sobre el lecho sepulcral.

Y de amargura y de llanto
El momento fatal era
En que Teresa, del santo
Albergue futuro en pos,
Dirigia, la mirada
Tornando por vez postrera,
A la paternal morada
Su triste y último adios.

Y alentando al angustioso
Mancebo que la seguia,
Con voz que no descubria
Su amargo y hondo pesar,
Ferviente esclamó: «Dichoso
El que logra, hermano mio,
Del mundano desvarío
Por siempre el alma apartar!

Hoy, en la mansion postrera,
Que aun la vanidad profana,
Quizá el mundo considera
Lo que al fin sus glorias son;
Mas si hoy un punto medita,
Ciego tornará mañana
A ese afan que el alma agita
Y enloquece la razon.

Y en ruda constante guerra
Inútilmente buscando

Una dicha, que en la tierra
Nunca su anhelo hallará,
  Sin mirar hacia la altura,
Seguirá inquieto avanzando
Hasta perderse en la hondura
Del abismo á donde va.

  Renunciemos, pues, sin pena
Al mundanal albedrío
Para que el alma serena
Vuele á mas alta region;
  Truéquese en gozo profundo
Tu amargura, hermano mio,
Que el alma, esclava entre el mundo,
Va á ser libre en la prision!»

  —Sí, Teresa, me lo fía,
Clamó el mancebo sin calma,
La fe que ya mi agonía
Va trocando en la ansiedad,

En el dulce y santo anhelo
Que siente amorosa el alma,
Cuando sueña con el cielo
Y piensa en la eternidad!

Sí, sí, huyamos la espantable
Senda del mundo seguida,
Donde hallar el bien no es dable
Que apetecemos los dos;
Y pues breve dia presa
Gime el alma de esta vida,
Hasta mañana, Teresa!
— ¡Hermano del alma, adios!

Dijeron así, entretanto
Que por la vez postrimera
Los unia el lazo santo
Del abrazo fraternal;
Y siguiendo con misterio
La interrumpida carrera,

Cada cual de un monasterio
Traspasaron el umbral.

A este punto, entre las nieblas,
Vibró una voz dolorida;
Y de las densas tinieblas
De los abismos en pos,
Cruzó la region del suelo
Con vertiginoso vuelo,
La Vanidad que vencida
Se alejaba de los dos!



XI.

A la tranquila clausura
Llegó Teresa sin calma,
Mas despues
Gozó la dulce ventura
Que de los triunfos del alma
Premio es (9).

Un dia horrible su centro
Y su soledad austera
Vió quizás;
Mas hoy, meditando dentro,
Ve con horror lo que fuera
Brilla mas.

Y es que ayer su amor profundo
Quizá del comun anhelo
Voló en pos,

Es que ayer miraba al mundo,
Y hoy, soñando con el cielo,
Mira á Dios.

Mas ni su mayor ventura
Goza aun, ni libre se halla
De sufrir;
Aun le queda á su alma pura
Fiera y durable batalla
Que reñir.

La Vanidad seductora
No ha vencido en el combate
Su valor;
Mas ¡ah! quién sabe si ahora
Sucumbirá al rudo embate
Del dolor!...

LA IRA.

XII.

Cercana, al fin, la Ira á sus rigores
Logró á Teresa ver,
Y la esencia fatal de los dolores
Vertió sobre su sér.

Postrada así Teresa el peso siente
Del daño corporal;
Pasan las horas y el rigor creciente
Redoblan de su mal (10).

Y en tanto que anhelosa al cielo mira
La paz buscando allí,
En su afligido corazon la Ira
Su voz levanta así:

En vano elevas tu ferviente ruego,

En vano llamas con doliente voz
Al que las penas derramando ciego,
Es de la esclava humanidad Señor!

¿Por qué hace al hombre de la vida presa,
Si en ella el gérmen del dolor está?
¿Es maldicion que inevitable pesa
Sobre los siglos que pasando van?

No, no es que en vano á la tranquila muerte
Intente el lodo que animó volver,
Es que da vida á la materia inerte
Para gozarse en su dolor despues!

Sufre, y escalde tu mejilla el lloro,
Clama y suplica con doliente voz,
Que á sus oidos regalado coro
Las quejas que alzan los mortales son! »

Calló la voz infernal,
Y en medio de tanto mal
Teresa con dulce anhelo

Seguia elevando al cielo
Su mirada angelical.

—

A su memoria traia
El dulce clamor que un dia
Levantaba el justo de Hus;
Las angustias de María,
Los suplicios de Jesus.

—

Y llegando á comprender
Los misterios causadores
Del humano padecer,
Quizá hallaba en sus dolores
Las dulzuras del placer!

—

Quizá al fervoroso aliento
De su ardiente y puro amor,
Ansiaba mayor tormento,
Buscando el merecimiento
De una victoria mayor!

—

Pero á ser llegó su mal

Tan doloroso y mortal,
Que á su rigor insufrible
Perdió al fin la accion visible
Del espíritu vital.

Y adormido de esta suerte
Su cuerpo inmóvil, inerte
Tan largo espacio quedó,
Que un hora, al fin, de la muerte
Presa el mundo la creyó.

Y ya el toque funeral
Doliente el fin anunciaba
De su vida terrenal,
Y ya abierto el hueco estaba
De su lecho sepulcral;

Cuando con nueva victoria
Las tinieblas disipó
De su muerte transitoria,
Y soñando con la gloria
Dulcemente despertó.

Tornó á sentir con la vida
Mas rudo mal; pero fué,
Vanamente combatida:
Por la fé fortalecida,
Venció su mal con la fé!

Desde que vió su ardor santo,
La Ira, que su quietud
Combatió con duelo tanto,
Huye con mayor espanto
De la cristiana virtud!





TERCERA PARTE.

LA TIBIEZA.

XIII.

Aun retumbaba en el averno lóbrego
El gemido profundo y funeral
Que exhaló, en la victoria de Teresa,
Impotente y vencido Satanás,

Cuando á nublar la alegría,
Que Teresa en su victoria
Conquistó,

Otra potestad impía,
Enemiga de su gloria
Se aprestó.

Y fué la vision inerte
Que el fervor torna en amarga
Languidez;
Fue la Tibieza, que muerte,
A la virtud que aletarga
Da tal vez.

Su impuro y letal aliento
En el alma triunfadora
Difundió,
Y su amante sentimiento,
Su llama iluminadora
Sofocó. (11)

Desde entonces, adormida

Con el sopor augustioso
Del pesar,
Miró Teresa la vida,
Como un sueño tenebroso
Divagar.

A un tiempo á la lucha ajena
Y á la paz que ofrece al alma
La virtud,
Doblaba el afan su pena,
Y el hastío de la calma
Su inquietud.

Y en vano por el consuelo,
En medio á su mal profundo
Suspiró,
Que ya no miraba al cielo,
Y en las tinieblas del mundo
No le vió.

Sintiendo en tanta amargura,
De su fé el último rayo
Vacilar,
Dejó, al fin, á su alma pura,
Presa de mortal desmayo
Suspirar.

XIV.

Mas, en tanto, el tiempo huia,
Y Teresa no podia
Del sueño en la cárcel lóbrega
Su existencia realizar;
Fé y amor necesitaba
El corazon que abrigaba,
Y luz y espacio su espíritu
Para volver á volar!

Fue, pues, un dia en que al cielo.
Tornó á mirar con anhelo,
Y á sentir en su alma férvida
Un rayo puro de amor;
Y era que tornado habia
A contemplar, cual solia,
Vertiendo un raudal de lágrimas,
La imágen del Redentor! (12)

Postrada ante ella de hinojos,
Y en ella fijos los ojos
Con el éxtasis purísimo
Del amor angelical,
Al fin de su ánima pura
Disipó la noche oscura,
Y de su sueño fatídico
La pesadumbre mortal!

Libre entonces de las penas,
Y de las duras cadenas
De la materia tiránica
Su espíritu triunfador,
Ferviente el vuelo tendía,
Y los mundos descubría,
Velados al ojo túrbido
Del inciente pecador!

Cuanto misterioso arcano,
Pretende sondar en vano

El alma que duda incrédula
Del mañana que no vé,
  Penetró, al fin, su mirada
Por el rayo iluminada,
De la llama pura y vívida
Del amor y de la fé!



XV.

Mirando, pues, Teresa cual nunca fervorosa,
Los fúlgidos reflejos de la divina luz,
De perfeccion mas alta, de fé mas viva ansiosa,
Asi clamó, abrazando la redentora cruz:

—

«¡Señor, bendito seas! que abrase eternamente
Mi seno por tí solo la llama del amor!
Como el sediento ciervo las aguas de la fuente,
Desea el alma mia tu celestial favor!

—

Que un rayo de tu gloria mi oscura senda alumbre,
Y en ella ya mi planta no detendré jamás,
Y avanzaré gozosa subiendo hasta la cumbre
Donde mejor te vea, donde te adore mas!»

—

Así Teresa dijo, y enmudeció arrobada
La imágen contemplando de su divino amor...
¿Quién sabe lo que entonces le dijo en su mirada
Resplandeciente y pura su angelical fervor!

Ante la viva llama de su amoroso anhelo
Que mas ferviente ardia cuanto adoraba mas,
La pávida Tibieza tendió espantada el vuelo,
Y en torno de su espíritu no revoló jamás!





CUARTA PARTE.

EL MUNDO.

XVI.

Sintió Teresa su espíritu,
En pos de tanta victoria
Por el fulgor de la gloria,
Iluminado volar,
Y á impulsos del amor férvido
Que al combate la obligaba,

Nuevo enemigo buscaba
Con quien volver á lidiar! (13)

Como su afan se encendia,
Con un rayo de los cielos
Y amaba libre de celos,
Libre de mundano ardor,
El coro aumentar queria
De las vírgenes esposas
Que á su Adorado, piadosas,
Rendian tambien su amor!

«¡Cuántas tristes, meditaba,
Halláran, sin su albedrío,
Esclavas del Amor mio,
Su mayor felicidad!
¡Cuántas, que la pena acaba
Del mundo en la cárcel dura,
Ven tal vez en la clausura
Su anhelada libertad!

—Yo, que sé cuán hondo duelo
Se sufre en tan duras penas,
Sabré romper las cadenas
Que os hacen tristes gemir;
Yo haré que el amante anhelo
Que apartais del mundo vano,
Pueda al trono soberano
Del que yo adoro subir!

¡Florecillas perfumadas
De celestiales aromas,
No temblareis agitadas
Por el mundano huracan,
Dulces y amantes palomas
Que mi Dueño ha bendecido,
Yo esconderé vuestro nido
Del hambriento gavilan!»

Así Teresa ideaba,
En àlas de su ánsia pura,

Labrar la ajena ventura
Que su afan mas dulce fué;
   Débil y sola intentaba
Realizar tan alta idea;
Mas ¿qué hay que imposible sea
Para el amor y la fé?



XVI.

Cuando guiada Teresa
De su dulce pensamiento
Demandó la ajena ayuda
Y nadie escuchó su ruego (14);
Cuando al descubrir la llama
De su amante y puro anhelo
Se vió entre tenaces sombras
Que á la luz se resistieron;
Cuando herida por el mundo
Alzó la mirada al cielo,
Surgió, triunfando su idea,
A su voz un monasterio!
Fijó anhelante la planta
En su pacífico centro,
Donde realizar debia
Sus celestiales ensueños,
Y hé aquí, esclamó gozosa,
El nido que yo os ofrezco,

Palomas de oscuros valles
Y de encumbrados oteros;
Venid á elevar del alma
El blando arrullo á mi Dueño,
Venid, y juntas vivamos,
Venid, y juntas amemos!

—Y así por valles y lomas
Su dulce voz resonando,
Se vió cercada de un bando
De enamoradas palómas.

Mas ¡ay! apenas la calma
Del santo albergue sintieron,
Apenas en almo coro
Le celebró su concento,
Cuando á la voz turbadora
De los instintos soberbios,
Sus apartados umbrales
Pasar osó el mundo ciego.

Con su ciencia tenebrosa,
Con sus profanos deseos
Sus iras contra el espíritu
Del dulce coro moviendo,
Desecha, gritó iracundo,
Tu asilo vano y funesto,
Y aunque tiembles mis rigores
Vuelve otra vez á mi seno!
Las inocentes palomas,
Presa del poder violento,
Al temeroso dominio
De su enemigo volvieron.

—

Gimiendo, en tanto que así
Sus rigores las oprimen,
Como las palomas gimen
En las garras del neblí.

—

Todas en el alma heridas (16),
Otra vez en rumbo incierto,
Por la esfera tenebrosa
Vagaron del mundo inquieto.

«¡Señor, clamaba Teresa
Con doloridos acentos,
Vé que no hay quien nos ampare
Contra el enemigo fiero
Que nos persigue mirando
Que defensor no tenemos!»
Y una voz de arriba dijo:
«No temas; yo te defiendo.»
El que no desoye nunca
De los tristes el lamento,
Desamparar no podia
A Teresa en tanto duelo.
El la protegió de modo
Que otra vez su dulce intento
Abrió á la virtud las puertas
Del santo albergue desierto!

—Y así el tirano opresor
De la inocencia vencido,
Tornaron al blando nido
Las palomas del Señor!

XVIII.

En ánsia eterna de mostrar al mundo
Los altos dones de su amado Bien,
Por el camino del dolor fecundo
Tornó Teresa á difundir la fé!

Triunfante siempre de la suerte impía,
Do quier que alzaba creadora voz,
Un nuevo templo á la virtud abria,
Que paz brindaba, demandando amor!

Mas su constante y fervoroso anhelo,
Templado apenas al obrar así,
Buscaba solo remontar el vuelo
Y al trono eterno del Amor subir!

Miraba ansiosa la futura suerte
Desde el abismo del terreno mal,
Y era á sus ojos la temida muerte
Celeste nuncio de ventura y paz!

—

Por eso nunca tan sublime encanto
Sintió en el alma ni tan vivo ardor,
Como una noche que en su asilo santo,
Cantar la dicha de la muerte oyó.

—

Era una hora en que su fé guiaba
Hasta su Dueño su amoroso afan,
Cuando una vírgen que tambien velaba
Así en el claustro comenzó á cantar:

«¡Véante mis ojos,
Dulce Jesus bueno,
Véante mis ojos,
Y muera yo luego!» (17)

—

—Teresa, en el alma herida
Por la cancion bendecida,
«Vivo sin vivir en mí, (5)
Y tan alta vida espero,
Esclamó fuera de sí,
Que muero porque no muero!»

Y en tanto,
Su canto
Que al par ruega y llora,
Con voz vibradora
La cándida vírgen tornó á levantar.

Y Teresa, postrada de hinojos,
Y bañados en llanto los ojos,
Le escuchaba en su amante agonía
Y esclava gemia
Del dulce cantar.

Y su espíritu en vívido anhelo
De romper sus cadenas, y el vuelo
Tender hasta el trono del célico Amor,
Embargó, en el combate rendida,
De la cárcel corpórea la vida,
Triunfando en su amante vivífico ardor!

Victoriosa de esta suerte
Sobre la materia inerte,
Mas que el nocturno reposo
Gozó el sueño deleitoso
De una transitoria muerte.

Y aun del cantar placentero
Conmovida al eco blando,
Del dia al fulgor primero,
Repetia suspirando:
«¡Que muero porque no muero!»

XIX.

Pasó el tiempo; al fin Teresa
La aurora del postrer dia
Vió brillar,
En que, de la vida presa,
Lejos de su Bien debia
Suspirar.

Cada instante mas cercana
Mirando la llama pura
Del Amor,
Nunca la cárcel mundana,
Creyó tan triste y oscura
Su almo ardor.

«¡Ven, clamaba, dulce muerte,
Pero ven tan escondida
De mi ser,

Que no te vea; que al verte,
Temo recobrar la vida,
De placer!»

Entre tanto, un dulce coro
De enamoradas esposas
Del Señor,
Vertía á sus pies el lloro,
Las lágrimas fervorosas
Del Amor.

Y ella, que ya las dulzuras
Percibia en esperanza
Del Eden,
«¡Amad, suspiró, almas puras,
Que solo amando se alcanza
Digno bien!

¡Amad, y al fin, del divino

Amor la primer vislumbre
Viendo ya,
Bendecireis el camino
Que os ha acercado á la cumbre
Donde está! »

Dijo, y al seno oprimia
Un trasunto que su encanto
Siempre fué,
Un crucifijo que habia
Mil veces bañado el llanto
De su fé.

A la vista se inflamaba
Del simulacro, su anhelo,
Su fervor,
Y, entre suspiros, le hablaba,
Con el lenguaje del cielo,
De su amor!

Contemplábala María
—Con quien la unió en lazo fuerte
La amistad,—
Y apartarla pretendia
De los brazos de la muerte
Su ansiedad.

Mas entonces de la estancia
Divina luciente coro
Voló allí,
Y entre nubes de fragancia
Batiendo sus alas de oro,
Dijo así:

« ¡ María, dulce María,
Cuya virtud altos seres
Cantan ya,
Teresa está en la agonía ;
Mas si tú que viva quieres,
Vivirá ! »

—No, no, que espire, anhelante
Clamó al punto, aunque sin calma
Viva yo!
—Y Teresa en este instante
Lanzó un suspiro del alma,
Y espiró.

Su vuelo alzando del mundo,
El trono de su almo Esposo
Llegó á ver;
Y en tanto, dulce y profundo
Era el nocturno reposo
Por doquier.

Pura la luna esplendia,
Del manso lago miraba
Tersa el haz;
Y por la region vacía
Tranquilo el ángel vagaba
De la paz (18).

EPILOGO.—INVOCACION.

Tres siglos han marcado sobre el estéril suelo
De la mansion del hombre su paso destructor,
Desde que alzó Teresa de su recinto el vuelo
A donde eterna brilla la gloria del Señor.

Y aún la mente humana, cuando á las sombras mira
Que en lo pasado ocultan la huella del mortal,
Se inflama el vivo rayo, que fé y amor inspira,
Con que alumbró Teresa la cárcel mundanal.

Y aún, para que nunca sus resplandores mueran
En la memoria frágil del mundo que los vé,

El Arte la sublima, los sabios la veneran,
Y en el altar la adoran los hijos de la fé. (*)

Recuerdo bendecido de la divina gloria
Que resplandor eterno del Gólgotha será,
Cual hoy, siempre ¡oh Teresa! del mundo en la memoria
Con el de Dios unido tu nombre vivirá.

Mas ah! mi oscura mente ¿qué sabe del mañana?
¿Qué puede en sus profundos arcanos descubrir?
Tú los destinos miras de la familia humana,
Tú el límite conoces del vago porvenir.

(*) Tiene razon el poeta cristiano. La Iglesia la corona y coloca en el catálogo de los Santos, una vez probado su mérito, y en premio de cuanto luchó, venció y edificó con sus ejemplarísimas virtudes: las letras la veneran; figura la ínclita Reformadora de la religion Carmelitana en el número de los Santos y en el número de los sábios: corren sus obras de mano en mano y con afan siempre creciente; y la sublime agudeza y la severa profundidad de sus pensamientos, lo castizo de su lenguaje y lo sazonado y puro de su doctrina, hace que sea una joya incomparable, un eterno monumento del Siglo de oro de nuestra literatura pátria, la infatigable vírgen, la religiosa seráfica; la mística doctora, nuestra española SANTA TERESA DE JESUS.—*(Nota del Censor.)*

Tú sabes dónde espira la llama creadora
Que la materia esclava fecundizando va;
Tú ves el fin del mundo, que desterrado, llora,
Tú aproximarle puedes su término quizá.

Tal vez del Dios que un dia mostró, en su amor profundo,
Al hombre esclavizado la Redentora cruz,
Tu sola alcanzar puedes que el abatido mundo
Levante hoy á la esfera del bien y de la luz.

Sí! tú, que su almo trono mirabas dolorida
Desde esta oscura cárcel asilo del pesar,
Implórale ¡oh Teresa! ¡oh mártir de la vida,
Que el ángel de la muerte nos venga á libertar!

NOTAS.

(1) Santa Teresa nació en Avila el dia 28 de Marzo del año 1515. Fueron sus padres D. Alonso Sanchez de Cepeda y doña Beatriz de Ahumada, cuyas virtudes recuerda Santa Teresa en el capítulo I del libro de su vida, de este modo:

«Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los habia gran piedad; y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como á sus hijos; decia, que de que no era libre, no podia sufrir de piedad. Era de gran verdad, jamás nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre tenia tambien muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad: con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasion á que ella hacia caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad; muy apacible y de harto entendimiento.»

(2) En el capítulo citado, dice Santa Teresa:

«Mis hermanos en nada me desayudan á servir á Dios. Tenia uno casi de mi misma edad, juntábamos entramos á leer vidas de Santos......... Concertábamos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen......... Espantábanos mucho el decir, que pena y gloria era para siempre, en lo que leíamos.»

(3) Y saliendo por la puerta de Adaja, que es el rio que pasa por Avila, se fueron hasta la puente adelante, hasta que un tio suyo los encontró y los volvió á su casa con harto contento de su madre. El niño se excusaba con decir que su hermana le habia hecho tomar aquel camino.»

P. Francisco Ribera.—Vida de Santa Teresa, Cap. IV.

estos ímpetus, hizo la Santa unas coplas, nacidas de la fuerza y fuego que en sí tenia......... que por ser muy devotas me pareció ponerlas aquí:

«Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.»

P. Yepes.—Vida de Santa Teresa, Cap. XXII.

(18) Santa Teresa murió en Alba de Tormes, el año de 1582, dia 4 de Octubre, á las 9 de la noche.



PADRES ANTE TODO.